

LECCION IV.

DEL PUNTO INEVITABLE DE LA MUERTE.

PARA arreglar bien la vida, y dirigir sabiamente todas las cosas al último fin, no hay por ventura mejor consejero que la muerte: aconsejarse con ella, es mirar, que quisieramos haber hecho á la hora de la muerte, y es máxima del Sabio: *O mors, honum est iudicium tuum!* (ECL. 43.) Los juicios que la muerte nos pone en la cabeza, son rectísimos. Aun Platón decía: que la verdadera Filosofía es la meditacion de la muerte. Quien quisere aborrecer seriamente al pecado, haga atenta reflexion sobre la muerte. Adán no conoció mas vivamente el pecado que habia cometido, que cuando delante de sus ojos vió muerto á su hijo Abél; entonces fue cuando en aquel rostro desangrado, en aquellas luces de los ojos apagadas, en aquellos helados miembros, leyó y entendió, como escrita con grandes y vivas letras, la sentencia, tanto antes fulminada contra él, por su culpa. *Morte morieris.* Quien quisiere guardar bien la Ley de Dios, aprenda de la muerte su observancia. ¿Cual es el mandamiento mas arduo? Sin duda el que manda perdonar á los enemigos, querer bien á quien nos quiere mal. Mas si pone el pensamiento en el polvo del sepulcro, él hará, que á quien nos dá una tofeta, volvamos la otra megilla, segun el aviso del Evangelio: *Praebe illi, et alteram.* Asi lo enseña agudamente Jeremias: *Ponet in pulvere* (ó como lee san Ambrosio, *in sepultura.*) *os suum, et*

dabit percutienti se maxillam. (THREN. 3. CAP. 6.) Pongamos, pues, delante de los ojos la muerte, cual la hemos visto con su horroroso semblante, ya en nuestro padre moribundo, ya en el hermano, ya en el amigo.

¿Qué cosa es muerte? *Mors* (dice Aristóteles) *omnium terribilium terribilissimum:* La cosa mas terrible entre todas cuantas terribles hay. Terrible al cuerpo por los atrocísimos dolores que le causa, por la respiracion apresurada, por la rebolacion de las entrañas. Los ojos turbados destilan las últimas lágrimas: los labios torcidos, y encendidos en rabiosa sed: el pecho levantado, y ahogandose con molestísimo catarro; los miembros todos abrasados de ardientes calenturas, y al mismo tiempo temblando por la cercanía de la última respiracion. Terrible al alma por la amargura de lo que deja, y el temor de lo que le aguarda, no sabiendo si ha de ir á parar al cielo, ó al infierno. ¿Si se echase el dado sobre si un hombre habia de ser llevado á la horca, ó elevado al trono real, con qué palpitacion y susto del corazon esperaria el punto de su suerte? Pues ¿cuál será el estado de un alma que agoniza, aguardando dentro de pocos momentos la sentencia que se fulminará de su salvacion ó de su condenacion, luchando entretanto con toda la eternidad que le ha de seguir? ¿Qué horror no causó la terrible muerte del rey Antioco en todo su ejército, cuando lo vieron en el pabellon real, tendido en una cama, de púrpura, pálido, deshecho, y todo mudado feamente el rostro, hundidos los ojos, la nariz afilada, con unas ansias de bomitar, intolerables, que le hacian arrojar las entrañas? Hecho, vivo aun, un manantial de gu-

sunos, que le comían y le roían las carnes, y antes de espirar, reducido á ser un hediondo cadaver, exhálalo tan mal olor, que ninguno podía parar cerca de él. (2. MACHAB. 9.) En el alma, congojado por las maldades que habia cometido, y se repetía la memoria, horrorizado por la aprension de los castigos que merecia, con un gusano en la conciencia, que le descuartizaba el alma, mucho mas sensiblemente, que los otros le comían el cuerpo; obligado al fin, sin que ninguno le asistiese, con horrible desesperacion, á arrojar su infelicísimo espíritu. Pero ¿qué digo de un rey impío? Si un san Hilarion, llegado al punto de la muerte, temblaba, y lleno de horror se decia á sí mismo: sal ya, alma mia, sal del cuerpo: setenta años has servido á Cristo, ¿y ahora temes? ¿Qué horror! Pues ¿qué espanto será el de un pecador, que no podrá decir otro tanto; antes por ventura dirá: que ha ofendido á Dios otros tantos años, uno treinta, otro cincuenta, y aun setenta?

¿Qué es muerte? *Finis universorum, et dies perditionis*, dice el Profeta Job. El fin de todas las cosas terrenas, el dia de la gran pérdida de todos los bienes de la vida, pues la muerte es una separacion de todas las cosas de este mundo, en que se dejan las riquezas, las dignidades, los placeres, los padres y parientes, los amigos, la casa, sin esperanza de volverlos á ver, y hasta el cuerpo mismo, fiel compañero del alma, se deja. ¡Oh, qué cosa tan amarga será para el moribundo haber de perder en un punto aquellas riquezas, que tantas fatigas y tantos sudores costaron para juntarse! El P. Barry, célebre escritor de la Compañia de Jesus, asistió á la muerte de

un Prelado Francés, que llegando al extremo de la vida tuvo tan gran pesar y tristeza de dejar sus alhajas, que eran riquísimas, que hizo traer al rededor de la cama, los vasos y bagilla de plata y oro, los vestidos preciosos, los escritorios dorados hermosísimos; y mirandolo todo con los ojos llenos de lágrimas, y tomandolo en las manos, que ya le temblaban, suspirando clamaba: ¡ó riquezas mias! ¡O joyas mias! ¿A qué manos pasareis? ¡O infeliz de mí, que tanto he trabajado por adquirir las! *Et quae paravi, ejus erunt.* Y entre estas quejas lastimosas despidió su afligidísima alma. Veis ahí la miseria de las cosas temporales, y el dolor irreparable que traen á quien se deja poseer y dominar del afecto demasiado de tenerlas. ¿Qué mayor vanidad, que no poder aprovecharnos de ellas en la mayor necesidad? ¡Y qué mayor daño que ser perjudiciales al alma, cuando ya no pueden servir de nada al cuerpo? Mas, ¡ó qué dolor, haber de abandonar los parientes, que quizá por enriquecerlos, se habrán quebrantado las divinas y humanas leyes! ¡Haber de apartarse de los amigos, á quien por dar gusto, por ventura no se habrá separado en desagradar y ofender á Dios! *Siccine separat amara mors*, decia aquel padre de familias moribundo, teniendo al contorno de la cama una numerosa corona de hijos. ¡Ay, hijos míos queridos, que nos hemos de apartar, y ya no nos hemos de volver á ver! y este suspiro le aceleró la muerte. Entonces se verá, qué son los placeres, las honras y las dignidades, aunque sean de reyes; y se dirá con Felipe III. rey de España: *Nihil confert Regem esse, nisi quod in morte cruciat Regem fuisse.* De nada sirve el ser rey, sino pa-

ra atormentar en la muerte haberlo sido. ¡O muerte, maestra de desengaños, cuán claramente nos harás ver la vanidad de las cosas terrenas á la luz de aquella vela, que se pone en las manos de los que están agonizando! Entonces los hombres del mundo en el sueño de la muerte, abrirán los ojos para ver la vileza de los bienes terrenos, como los ciegos topos, sumergidos totalmente en la tierra, que solamente al morir abren los ojos: *Dives cum dormierit, aperiet oculos suos, et nihil inveniet*, dice el sapientísimo Job. (jon. 27. 19.) ¡Y por qué aguarda á abrirlos entonces, y no los abre ahora, para ver la miseria de los bienes mundanos, y apartar de ellos el afecto con fruto, sin aguardar á que se los quiten de la mano por fuerza?

Volvamos á preguntar, ¿qué es muerte? *Coluctatio adversus Principes tenebrarum*. Por hablar con los términos de san Pablo: es una lucha y combate con los demonios, príncipes de las tinieblas; pues sabiendo el demonio, que esta es la última batalla campal, en que puede rendir el alma, y que de este punto depende la total conquista de tal presa, que con tanto empeño ha pretendido ganar toda su vida, emplea los últimos y mayores esfuerzos por robarla: *Descendit ad vos diabolus habens iram magnam*, como advirtió san Juan. (APOC. 12.) Mirad que Satanás viene contra vosotros, con un enojo terrible. ¡Y de qué nace furor tan extraño? Porque sabe, que le queda ya poco tiempo para pelear y vencer: *Sciens, quia modicum tempus habet*. Sabe, que si ahora os escapais de sus garras, no tendrá jamás tiempo de volver á rendiros; y que si ahora gana, nunca podrá tener miedo de perde-

ros. Ahora, si el demonio siempre, como rabioso leon, anda en continua caza del alma para tragarsela: *Tamquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret*; cómo entonces, os acometerá malicioso! ¡Cómo convocará todas sus furias al rededor de vuestra cama á batalla, la mas atroz á que jamás le haya incitado su rabia! Es opinion famosa de san Agustin, que ninguno muere, sin ver á ojos abiertos el horrible semblante del monstruo infernal, que se acerca á espantarlo, ó á tentarlo. Al santo conde Elceario, que habia conservado su virginidad, juntamente con su esposa Delfina, al punto de la muerte le dió en cara el demonio algunas culpas, y le movió tan fiera guerra, que lo redujo á gravísima congoja, turbandole horribilmente el rostro, y haciendole gritar: grande es el poder de los demonios: *Magna est demonum vis*. (SURIUS. 27. SEPL.) Si bien, despues se sosegó, y depuso todo el temor con la consideracion de la pasion de Jesucristo.

Mas: á la virgen santa Aldegunda, á lo último de la vida, apareció Satanás con terribilísimo semblante, amenazandola, que la haria faltar á la fé de su celestial Esposo, y condenarse. (BOLAND. 30. JAN.) Pues si á los santos de vida perfecta levanta el demonio tan cruda guerra, ¿qué deben esperar los pecadores, cuando podrá zaherirles y darles en rostro con tantas injusticias y torpezas? ¿Tendrá mucho trabajo en ponerles á la vista la série y catálogo de sus pecados, por traerlos á desesperacion, y hacerles creer, que ya están condenados sin remedio? ¿Le será muy difícil precipitarlos en algun nuevo consentimiento, cuando están ya tan acostumbrados á consentir á la primera entrada de la tentacion? ¡Habrá

menester grande astucia para ponerles en la cabeza alguna duda contra la fé, y hacerles dudar sobre la creencia de algun misterio, cuando ellos han vivido en la ley de Dios? Sí; pero como si en ellos estuviese muerta la fé divina. ¡Cómo, pues, podrá el pecador resistir á tantos asaltos? ¡Acaso esperará un socorro especialísimo de la gracia divina? Mas ¡cómo lo ha merecido, habiendo tantas veces abusado de la divina Misericordia? Vea si despues de una vida rebelde á Dios, será digno de una muerte favorecida con las mas singulares gracias de Dios: *O anima mea!* (decia temblando san Bernardo) *cum in morte, dimissis omnibus, terrima illa monstra videbis, quis tibi in die tanta necessitatis succurret? Quis tui bitur à rugientibus prae paratis ad escam?* ¡O alma mia! Cuando dejadas todas las cosas en la muerte, veas á aquellos feisimos monstruos, ¿quién te socorrerá en tan grande aprieto? ¿Quién te defenderá de los leones, prevenidos para despedazarte y tragarte!

Digamos finalmente, qué es muerte: *Momentum, à quo pendet aeternitas*, dice san Agustín: un instante, de que depende la eternidad: un momento, último de la vida perecedera, y primero de la que ha de durar eternamente. ¡O momento decisivo, ó de una eterna gloria en el cielo, ó de una eterna pena en el infierno! ¡cuánto deberiais estar continuamente fijo en nuestra memoria! Este es el punto en que se corta el árbol de la vida, el cual de la vanda que cayere, ó sea del austro benigno, ó del aquilon riguroso, en ella estará interminablemente. Si cae al oriente de la gracia, estará siempre feliz: si al ocaso del pecado, será siempre miserable. Tres

cosas me llenan de horror las entrañas, (decia el santo Abad Elias, despues de haber vivido cerca de ochenta años en áspera penitencia:) *Triatímico: Egressionem animae è corpore, severitatem examinis, sententiam Judicis*. Temo la separacion del alma y el cuerpo, la severidad del examen de mis obras, la sentencia definitiva del Juez, que ha de decretar, ó una eterna vida, ó una eterna muerte; y estas tres cosas todas se han de ejecutar en aquel instante. En un instante he de morir, sin esperanza de corregir en segunda muerte los errores de la primera. En el mismo instante he de ser presentado al tribunal de un Juez inexorable, que no vendrá ya como Cordero manso á quitar los pecados, sino como fiero león á castigarlos con todo rigor. En ese instante he de oír la sentencia irrevocable, ó de reino, ó de esclavitud; ó de paraíso, ó de infierno; y no por un siglo ó muchos, sino por una eternidad sin fin. Esta es una puente estrechisima, sobre un mar profundísimo: *super puteum abyssi*: y es preciso posarla á obscuras, y sin arrimo. ¡Ay de aquel á quien se le anda la cabeza, ó se le resbala un pie, porque la caída es irremediable!

Mas ¡qué poco se piensa en este tan espantable momento, en cuya consideracion y prevenicion se debian justamente emplear todos los momentos de la vida! Todo el tiempo se gasta en intereses mundanos, en placeres, en pecados, con aquella necia confianza de poder ajustar las cuentas del alma en el fin de la vida, cuando oprimidos de la última enfermedad, ahogado el corazón y entendimiento con la fuerza de los dolores, apenas tendrémos aliento para pensar en Dios. Tiemblen los pecadores al oír lo que es-

tando para morir dijo san Gerónimo, hombre, que demás de su gran doctrina, tuvo gran conocimiento y experiencia del mundo. Tenia este grande oráculo de la iglesia tanto aliento, que podía, aunque con alguna fatiga, hablar, cuando (como escribió despues á san Damaso su discípulo Eusebio) concluyó con esta gran protesta su doctrina: *Hoc timeo, hoc verum puto, hoc multiplici experientia dedici, quod ei non bonus est finis, cui mala semper vita fuit.* Esto temo, esto juzgo ser verdad, esto me ha enseñado una larga y repetida experiencia, que no tiene buena muerte, quien siempre tuvo mala vida.

§. II.

INCERTIDUMBRE DE LA MUERTE.

Cuan cierto es que hemos de morir, tan incierta es la hora y el modo, el cuando y el cómo hemos de morir. Ni yo á vos, ni vos á mí, sabremos decir si moriremos este año, ó el que viene; si de muerte natural, ó violenta: si en nuestra cama, ó en la calle; solo sabemos que hemos de morir presto, de improviso, cuando no lo pensemos: *Qua hora non putatis.* Por eso Dios, con alto consejo, ha dispuesto, que esta verdad de la vida breve, y de la muerte improvisa, se viese en los mayores monarcas del mundo. El P. Mendoza (IN LIB. I. CAP. 4.) en sus comentarios sobre los reyes, repara, que la mayor parte de los Sumos Pontífices han vivido brevisimo tiempo, y han muerto casi derrepente. Cuarenta y dos Papas han vivido menos de un año en el trono: veinte y tres, aun no han cumplido seis

meses: y trece, aun no han gozado un mes la suprema dignidad. ¿Y á qué fin dispensa Dios tan breve vida á su Vicario en la tierra? Oid la respuesta de san Pedro Damiano á Alejandro II: *Idcirco hoc iudicii coelestis ordo disposuit, ut humano generi metum mortis incutiat, et eam despicienda sit mortalis vitae gloria, in ipso gloriae Principatu ostendat.* (EPIST. 17.) Para acordar al mundo la cercanía de la muerte, y la vanidad de las glorias mundanas; porque el Papa en la tierra, es como el sol en el cielo, que cuando se eclipsa, todos lo miran y saben, pues sus tinieblas dan luego la noticia á todo el mundo. Así Cristo, zelocissimo de nuestra salvacion, nós advierte, con innumerables avisos, que estemos alerta, que la muerte corre tras nosotros á cogernos descuidados. Por ventura, no hallareis artículo de fé tantas veces repetido en todos cuatro Evangelios. San Mateo clama: *Vigilate, quia nescitis diem, neque horam.* Estad en vela, porque no sabeis el dia, ni la hora de la muerte. San Marcos repite: *Vigilate nescitis enim, quando Dominus veniet, an serò, an medita nocte, an manè.* Velad, porque no sabeis cuando el Señor vendrá á llamaros, si por la tarde, ó de noche, ó á la mañana; si al amanecer de la juventud, ó al medio dia de la edad robusta, ó á la tarde de la vejez. En san Lucas leemos: *Estote parati, quia qua hora non putatis, filius hominis veniet.* Estad prontos y dispuestos, porque cuando menos lo espereis, sereis citados del juez. Finalmente, san Juan nos renueva el aviso en nombre del Señor: *Veniam ad te, tamquam fur, et nescis, qua hora veniam:* vendré á tu casa como ladrón, y no sabes en qué hora vendré. Y des-

pues de tantas repeticiones de una verdad tan clara, después de un artículo de fé tan inculcado, aun no sabemos persuadirnos á creerlo bien. Nos prometemos que la muerte está lejos, que se acerca á pasos muy lentos, que vendrá cuando la háyamos visto y prevenido, no derrepente, ni con violencia, sino con mucha suavidad, enviando delante un alguacil y notario, que nos intíme: *Dispone domul tuoe, quia morieris*: Dispon tus cosas y tu alma, que has de morir luego. En una palabra, nos creemos todo lo contrario de lo que enseña la eterna verdad. ¿Y no es esta una como heregia, y no creer un artículo confirmado en los cuatro Evangelios?

Pero dejando aparte la fé, convenzamos estos malos creyentes con la razon. ¿Qué vidrio hay mas fragil que nuestra vida, sujeta á tantos accidentes? ¿No basta una calentura que se encienda en las entrañas? ¿Una gota de sangre que caiga sobre el corazon? ¿Una vena que se rompa en el pecbo? ¿Un catarro que ahogue quitando la respiracion? Y ves ahí tendido el hombre en la cama á punto de morir. ¿Son estos casos extraordinarios, ó accidentes cuotidianos? Cualquier criatura, por pequeña que sea, tiene bastante poder para quitarte la vida. No son menester rayos del cielo, ni precipicios de la tierra. Una sola espina de un pes, quitó la vida á Tarquino Romano. Un solo cabello, bebido en la leche, y atravesado en la garganta, ahogó al senador Fabio. Un granillo de una pasa, mató al poeta Anacreonte. De una ligerisima punzada de una aguja se vió á punto de muerte Lucía Latina. Por un mosquito que se bebió en el agua, se escribe, que perdió la vida el Pontífice Adria-

no IV. y otros mil semejantes, que refieren las historias. Abra, pues, cada uno los ojos, y no diga: yo no moriré de esa suerte, pues ninguno de esos pensaba morir de esta manera: lo que ha sucedido á unos, puede suceder á otros. Si bien, quien no sabe cuando ha de morir, no ha menester esperar de otra parte la causa; dentro de nosotros hay todo lo que basta para quitarnos la vida. Así nos lo advierte el Sabio: *Nescit homo finem suum: sed sicut piscis capiuntur homo, et sicut aves laqueo sic homines capiuntur tempore malo.* (ECCLES. 9.) La muerte con el lazo que exteriormente nos prende, y con el anzuelo que interiormente se traga, hace presa de los miseros mortales; esto es, con exteriores accidentes, y con interiores enfermedades, como el hierro engendra su herrumbre, el leño su carcoma, el paño su polilla; así el hombre engendra dentro de sí su muerte. Sepamos, pues, que dentro de nuestras entrañas están continuamente peleando los humores á nuestro daño, que la misma destemplanza de nuestra complexion, nos fabrica continuamente máquinas y baterias mortales: que el mismo manjar que tomamos para alimentar la vida, nos va disponiendo con sus contrarias calidades á una repentina muerte. Y todavía nos dejamos engañar de la astuta voz de la antigua serpiente á Eva: *Nequaquam moriemini.* No morireis tan presto, queda largo espacio de vida, tiempo tendreis para ajustar muy á vuestro gusto y satisfaccion las cuentas del alma.

Pero si aun la razon no os persuade, convenzao la experiencia cuotidiana, que cada hora tenéis delante, hasta con la evidencia de los ojos, Aprended a costa y en cabeza agena á ser cau-

tos para vuestro provecho. ¡Cuántos amigos vuestros, mas sanos que vos, de complexion mas robusta han muerto, cuando el vigor y fuerza les prométia larga vida? ¡Cuántos compañeros vuestros, en la flor de su edad, se han desaparecido derrepente, cuando tenian en sus pensamientos grandes ideas de empresas en adelante? *In illa die peribunt omnes cogitationis eorum;* no siendo su meior tormento ver deshechas sus imaginations, y derribados sus pensamientos, fabricados sobre la falsisima seguridad de la vida. ¡Cuántas veces ha entrado en vuestra casa la cruz de la muerte? ¡Habeis cerrado los ojos al hermano, acompañado á la sepultura al amigo, os habeis vestido de luto por vuestro padre? Todos los dias vemos con nuestros ojos llevar en el atahud las mas floridas esperanzas al sepulcro. Cada dia oímos sonar las campanas del doble, y nos dicen, que aquel murió de un balazo en el corazon, éste de una pedrada en la cabeza; uno ahogado en el rio, donde buscaba su recreo y salud; otro de un tabardillo; otro de una furiosa apoplegia. Pero nosotros, con necios discursos, andamos buscando pretextos para excusar la muerte. ¡Oh, que aquel se buscó la muerte con sus pendencias, este otro era de complexion débil, aquel era destemplado en la comida! Como si la muerte procediese con circunspeccion y con reserva; como si su guadaña no tuviese habilidad y fuerza para cortar un hilo de vida, fuerte y durable, tan bien como uno delgado y fragil. ¡Ay, que la muerte anda siempre armada de espada y arco! *Gladium suum vibravit, arcum suum tetendit.* (PSALM. 7.) Con la espada da el golpe de cerca á los viejos y débiles, que no se pueden ya mantener;

con el arco asesta á los jóvenes y robustos, que se confian en la fuga. Un padre de la compañía de Jesus, que tuvo en una Congregacion doscientos estudiantes, pudo con gran facilidad saber cuantos de aquella florida juventud habian muerto en espacio de doce años. ¡Cuántos pensais que moririan? ¡Veinte? ¡Cincuenta? Poco menos de ciento faltaron en tan breve espacio. Y si tantos en la juventud, ¡cuántos en la utilidad? Ya la muerte no camina á pasos lentos y cortas jornadas como al principio del mundo, quando los hombres vivian trescientos y quinientos, y mas años. Ahora pocos llegan á setenta, y aun á sesenta, porque la muerte anda á caballo, como la vió Juan en su destierro de Patmos: *Qui sudebat super equum, nomen illi mors.* (APOC. 6.) Ahora viene por la posta, como atestigua Job: *Dies mei velociores cursore.* (JOB. 9.) Mas quien al caballo de la muerte le aplica espuelas, le hace apresurar la carrera, y que llegue mas presto. Y ¡cuál es la espuela? El pecado, grita el Apostol: *Stimulus mortis peccatum est.* (1. CORINTH. 15.) El pecado tiene este poder terrible de acelerarla, y hacer que venga muchas veces antes de lo que debiera venir.

Mas siendo la muerte tan terrible, tan llena de asechanzas de los demonios, tan importante como el momento de que depende la eternidad: por otra parte, siendo incertisima su hora, una vez sola el pasar de esta vida, y por tanto irreparable el error de morir mal; ¡qué locura es la nuestra fiar una eternidad á una incertidumbre, sin haber hecho primero las debidas prevenciones? ¡Qué atrevimiento es prometernos larga serie de años, quando la fé, la razon y la expe-

riencia nos persuaden, que está la muerte cercana, improvisa, no esperada? ¿Qué mayor temeridad, que saber que la muerte puede estar, no solo cercana en este mes, sino sobre nosotros en este punto: *Et incertis eventibus committere seipsum.* (CHRISOSTOM. HOM. 23.) y fiar á la incertidumbre del acaso nuestra alma, de quien no fiarais un pleito, un depósito, un mínimo interés? Cada uno de nosotros debería hacer consigo mismo aquel discurso de san Juan Crisóstomo, cuyos sentimientos, esparcidos en varios lugares, recogeré aquí en breve suma. „Ya estoy en el mundo. Yo entré en tal año, y tal día. Yo he de salir del „mundo, mas no sé cuándo, ni cómo.” He de entrar en una interminable eternidad, ó de gloria, ó de tormento, y no sé cuál de las dos. De estos bienes que busco con tanto conato, ¿cuántos llevaré conmigo muriendo? Nada mas que lo que traje naciendo. Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á la tierra, si la piedad agena no me da de limosna una mortaja: *Nudus egressus sum de utero matris mea, et nudus revertar illuc.* Solo los méritos de las buenas obras, ó los deméritos de las malas, irán conmigo á hacer que se me dé sentencia de vida, ó de mi muerte eterna: *Opera illorum sequuntur illos.* De este cuerpo, ¿cuál será la suerte? Una hedionda tumba, donde se volverá en cenizas, podredumbre y gusanos, como un cadaver de bruto, que apesta, é inficiona toda la vecindad en contorno. Mas de tí, ó alma mia, ¿cuál será la fortuna, cuál el estado? ¿Irás al reino de los bienaventurados á gozar, ó al abismo de los tormentos á penar? No lo puedes saber, sabiendo solamente, que en cualquiera de estos dos tér-

minos tan contrarios, como cielo, é infierno, cayeres, allí habrás de estar eternamente. Y en fin, ¿cuándo llegará este último punto? Ni yo, ni otro alguno, sabe cuándo ha de ser llamado á comparecer ante el divino Tribunal, porque la muerte á unos viene tarde, y dejándose ver y prevenir antes, á otros derepente y temprano. Ahora, si á mí me sobreviniese la muerte hoy, ¿qué suerte me tocaría? Tengo las cuentas de mi cuenta tan mal ajustadas, que debiera temer mi condenacion; y en un interés tan reelevante, tengo corazon para vivir en el aire, en incertidumbre y sin pensar, como á quien no dá cuidado que le toque una, ú otra suerte, como si una eternidad de miseria ó de felicidad, inevitable la una, ó la otra, hiciese poco al caso, que sea la que fuere, y como si no fuese cosa digna de asegurar lo mas que se pudiese la buena suerte. Y sintiendo que la conciencia me remuerde y acuerda muchas culpas, duermo sueño quieto, paso mis dias alegres, como si estuviese en mi mano el no morir cuando yo no quisiere, ó como si no tuviese que esperar, ni que temer despues de la muerte.

§. III.

EJEMPLO.

Los cazadores, para coger las panteras, ponen por donde han de pasar el cebo envenenado; pero ellas, como astutas, y de un olfato agudísimo, no se atreven á tocarlo, si corriendo primero por el campo, no sienten el olor de la yerba dictamo, antídoto contra el veneno, para cu-

rarse al instante. Pero mas astutos que ellas los cazadores, cuelgan de un árbol un acecillo de la misma yerba, para que ellas, percibiendo el olor, se fien y coman el venenoso manjar; y despues hallando el remedio tan alto, que no lo pueden alcanzar, se vean forzadas infelizmente á morir. Así puntualmente hacen los demonios, astutisimos cazadores de las almas; ponenles delante los placeres envenenados, y los convidan con la esperanza de tener siempre á la mano el remedio de la confesion para curarse; pero ¡cuántas veces los infelices pecadores se hallan engañados y agravados del mal, y quizá mas del remedio, se ven obligados á perecer? ¡Oh, que así nos lo dijo advertido el Salvador! Buscareisme, y no me hallareis, y morireis en vuestro pecado: *Quæritis me, et non inveniatis, et in peccato vestro moriemini.*

Así muy á su costa lo experimentó un gentil hombre Inglés, (BARTOL. LIB. 3. INGLAT. CAP. 13.) de quien hablan las historias de la compañía, sobre el reino de la impia reina Isabela. Era de agudo ingenio, y docto en las ciencias, habiendo oído discurrir acerca de la religion católica al padre Guillermo Westón, se apartó de la heregia, y se resolvió á no concurrir en nada con los protestantes; pero por ser muy rico en bienes de fortuna, y temer, que si contra los edictos de la reina se declaraba católico, para no ser despojado de sus riquezas, tomó un astuto partido. Este fué, portarse en lo exterior como protestante, por conservar los bienes de la tierra; y en lo interior ser católico, por adquirir los del cielo: y porque todo el punto estaba en morir, desechando aquella muestra exterior de heregia,

que bien conocia ser pecado mortal; y corriendo la cortina para descubrir su ánimo, discurrió un remedio, que le pareció bastantemente seguro. Y sin duda se lo sugirió aquella que el Apostol llama sabiduria del mundo, loca maestra de la mayor parte de los hombres, que por ella se juzgan sabios y astutos, hasta poder engañar á Dios. Empezó, pues, á discurrir consigo de esta suerte: Para salvarte, no es menester una vida santa, sino una buena muerte: luego lo que yo debo asegurarme es morir bien, lo cual conseguiré facilmente, teniendo en mi casa un confesor, que me absuelva en mi última enfermedad de la culpa, sea cual fuere: y cuando en lo último de la vida no me sucediere así, ni pudiera hacer una perfecta consideracion de esta mi larga perseverancia en el pecado, no bastará una señal de arrepentimiento, ó un golpe de pechos, para conseguir la absolucion en el punto de la muerte? Así se lo ideaba él. Y porque tenia dos casas, en que á diversos tiempos habitaba; una de corte en Londres; otra de campo en una villa, no lejos de la corte, en ambas tenia un sacerdote católico, con firme persuacion de que tenia en su mano la salvacion, pues si en cualquiera de las dos casas enfermase, no podria faltar la oportunidad para reconciliarse con la iglesia, y conseguir la gracia de Dios para morir bien. De esta suerte pensaba engañar á Dios, y robarle el cielo, como hizo el buen Ladron en la cruz, reservando para la última respiracion el *Domine, memento mei.* Como si pudiese decir con aquellos impios, que refiere Isaías: Hemos hecho pacto con la muerte, y nos hemos compuesto con el infierno. *Percussimus foedus cum morte, et cum*

inferno fecimus pactum. Que la muerte esperaba la venida del sacerdote, para que el infierno no se lo tragase.

No dejó el padre Westón de advertirle que era vana aquella confianza, representandole los peligros de una muerte repentina é improvisa. ¿No podrá (le decia) venir la muerte mientras estais durmiendo? ¿No podrá ahogaros una avenida de catarro? ¿Una apoplegia? ¿Una vena rota en el pecho? ¿No os podrá sobrevenir una calentura maligna, que os ocasione un súbito delirio? ¿Un violento letargo, que profundamente os oprima? ¿Un pasmo, que no os dé lugar de pensar las cosas de el alma? Pues ¿con qué prudencia remitís á la última enfermedad la esperanza de convertirlos deveras, no sabiendo cuál ha de ser vuestra enfermedad última? ¡Ay, que no es prudencia pensar poner leyes á Dios! *Non est consilium contra Dominum!* Esta confesion, en que fiais, es un extremo remedio. Y ¿quién no sabe, que los extremos remedios tienen muy incierto el suceso? Y así solo se deben ejecutar por necesidad, y á mas no poder; pero no se deben tomar por eleccion. ¿Cuántos he conocido en este mismo reino de Inglaterra, que persuadidos de esta infeliz astucia de poder vivir mal y morir bien, con la esperanza de tener un sacerdote católico en casa, han muerto despues peor que habian vivido?

Con todo eso, el caballero quiso mas probar á su costa, que creer esta verdad; porque con su necia confianza, caminando un dia de la una casa á la otra, bien robusto y sano, enmedio del camino fué asaltado de un tan fuerte accidente mortal, que lo arrojó agonizando en tierra. Corrieron á rienda suelta los criados á traerle el

mas cercano de los dos sacerdotes; pero Dios habia medido la fuerza del mal que le quitase la vida, de suerte, que aunque vino de carrera el confesor, ya el infeliz habia espirado en una pública hosteria, donde al primer combate del mal, no pudiendo ya tenerse, lo habian llevado.

¡O muerte repentina! ¡O muerte desventurada sin señal de arrepentimiento! De esta suerte, el que tenia dos confesores de propósito prevenidos para vivir mal, no tuvo uno para morir bien. Desagradan mucho á Dios estas ingeniosas presunciones, y solo sirven para provocar mayormente su indignacion, y acarrear á los pecadores presumidos mas grave la ruina: *Irritaverunt eum in ad inventionibus suis, et multiplicata est in eis ruina.* (PSALM. 105)

Lease á Tomás de Kempis, cap. 23. del lib. 1. De la consideracion de la muerte.